TRIBUNA
Isidoro Moreno
Catedrático de Antropología
Universidad de Sevilla

La falta de una voz independiente europea en la escena internacional es aceptada, cuando no requerida, con la excusa de que es la mejor forma de preservar nuestros intereses

El rapto de Europa

TRAS unas vacaciones en el Pirineo aragonés, decidimos, mi mujer y yo, detenernos un día en Madrid con el exclusivo objeto de visitar la Exposición *Picasso: tradición y vanguardia*, organizada para conmemorar el 25 aniversario de la llegada del Guernica a España y el 125 del nacimiento del genial andaluz.

Confieso que visitando la dos muestras he empezado a reconciliarme con las grandes exposiciones. Por lo general, estas son operaciones de prestigio del sacro Estado para atraer gente a esos grandes santuarios de la cultura sacralizada (¿y muerta?) que suelen ser los museos, y para permitir a los políticos de turno hacerse fotos en su inauguración. Salvo quizá los *expertos*, la gran mayoría de los visitantes salen de ellas sin que la inmersión en la *alta cultura* les haya aportado algo provechoso –salvo, quizá, el espejismo de una mayor respetabilidad *cultural*– ni, sobre todo, haya sido ocasión para reflexionar relacionando el arte con la vida.

Este caso es diferente. La confrontación del Guernica con *Los fusilamientos* de Goya, con *La ejecución del Emperador Maximiliano* de Manet y con la *Masacre en Corea* del propio Picasso, sumerge al espectador, con tal de que posea una sensibilidad siquiera mínima, en los desastres de la guerra y de la violencia del poder militar frente a los inocentes o los débiles, más allá de los referentes concretos de cada cuadro. Imposible que cualquier mente sana, contemplando en una misma sala las geniales representaciones del primer bombardeo aéreo de la historia sobre un pueblo sin defensas, de la venganza del invasor sobre los resistentes, del final dramático de un dictador o la denuncia contra el imperialismo yanqui en la *guerra fría* que, en Corea y otras partes, fue caliente, pueda evitar su conexión no sólo con la vergüenza de la Guerra Civil española –y con la vergüenza de quienes tratan ahora de presentar poco menos que como víctimas a los criminales de entonces–, con la muerte de patriotas guerrilleros que hoy hubieran sido acusados de terroristas, y con otros hechos del pasado, sino también con imágenes, éstas plenamente actuales, de las consecuencias del terrorismo de estado israelita sobre la población civil del Líbano y sobre la desgraciada, y abandonada por todos a su suerte, población palestina; de los crímenes de Estado USA en Guantánamo, Iraq y tantos otros lugares a lo largo del último siglo, Hiroshima y Nagasaki incluidos; del aceptado genocidio ruso en Chechenia; de la salvaje represión del régimen marroquí sobre los patriotas independientistas en los territorios del Sahara Occidental ocupado y de tantas otras situaciones donde el poder militar-político-económico aplasta hoy a los pueblos.

La exposición 'Picasso: tradición y vanguardia', que se celebra en Madrid, da ocasión para reflexionar relacionando el arte con la vida

La confrontación en el Reina Sofía entre las cuatro espectaculares pinturas de los tres geniales artistas es una proclama contra el militarismo y contra la brutalidad del poder de mayor eficacia pedagógica que mil discursos retóricos. Y me pareció otro magnífico acierto el que, ya en el Prado, junto a una cuidada selección de obras de las distintas etapas del maestro, estuvieran expuestas para la ocasión, en la misma sala, otras obras cumbres de aquellos otros genios en los que este se inspiró, de cuya pintura aprendió o a los que reinterpretó creativamente. Poder contemplar casi simultáneamente, con sólo volver los ojos, *Las Meninas* de Velázquez y las varias reconstrucciones reinterpretativas que del cuadro realizara el malagueño, es un goce impagable. Como lo es la confrontación de la *Maja desnuda* de Goya con sus diversos desnudos de mujeres, realizados en épocas diferentes.

En la exposición queda también demostrada, de forma clara, la gran influencia del Greco sobre el Picasso del *periodo azul*, y el diálogo y confrontación que en todo momento desarrolló con las más importantes figuras de la historia de la pintura que le antecedieron y con otras que fueron sus contemporáneos. Uno de aquellos, aunque pudiera sorprender la referencia, fue Rubens, el gran pintor barroco. De este se expone su famoso cuadro *El rapto de Europa*, que representa la escena mitológica del secuestro de la bella muchacha, mientras jugaba con sus amigas en la playa de Sidón, por el dios Júpiter, transformado en un toro blanco volador. Confieso que, en el marco de la exposición y en el contexto de nuestro mundo actual, el cuadro adquirió para mí una significación nueva y rotunda. Tras haberme impregnado del *Guernica*, de *La Masacre de Corea* y de otras obras picassianas, la escena del rapto dejó de ser, ante mis ojos, una representación mitológica para convertirse en una metáfora. En el Júpiter sólo atento a sus pulsiones y caprichos vi representado al monstruo de los Estados Unidos de Bush, llevando secuestrada a la Unión Europea, impidiendo que esta tenga voz e influencia propias en la escena internacional, estos días concretamente para parar la masacre de Oriente Próximo. Pero entre el cuadro y la realidad existe, no obstante, una diferencia: según la mitología, la bella Europa fue raptada sin su consentimiento. Por contra, en la realidad actual, la anulación de una voluntad europea potencialmente independiente es aceptada, cuando no requerida, con la excusa, indecente, de que seguir la voluntad del dios-monstruo es la mejor forma de preservar nuestros supuestos intereses, a la vez que poder seguir jugando a la retórica. Lo que supone una tragedia mucho mayor que la que refleja el cuadro, porque lleva a Europa a su destrucción moral y a la nada política.

PLAZA NUEVA
Luis Carlos Peris

De 'botellón' a barbacoas

CUANDO en todas partes se conoce como *botellón*, *botellona* según va occidentalizándose nuestra Andalucía del alma, en Cádiz se le llama barbacoas. Barbacoas en plural, pues la pluralidad de esa enorme aglomeración de jóvenes, y menos jóvenes, en una joya tan preciada como es el litoral a Poniente de la trimilenaria Gades es tremenda, extraordinariamente desmesurada. Todo es desmesura en la noche de sábado del Carranza desde que Cádiz se despierta y ya hay grupos de festeros portando el utillaje para la gran bulla. Desde Cortadura, allá por donde el Ventorrillo del Chato, hasta donde Santa María del Mar se hace escollera, miles y miles de personas toman la maravillosa playa gadita para que se haga una explosión de vida que deja el blanco arenal hecho una pena.

Ni siquiera los esfuerzos municipales logran la efectividad deseada para que el domingo vuelva ese edén a ser como era. Ni siquiera la formidable brigada de operarios, hasta con portadores de artilugios para la detección de metales, logran poner habitable la que, con La Concha easonense y la gijonesa de San Lorenzo, es la mejor playa urbana que se conoce. Casi doscientas mil personas, cerca del doble de la población de derecho, se dieron cita en esa lengua de arena blanca y limpia hasta que ellos llegaron con sus infiernillos y sus avíos. Limpia hasta lo meticuloso antes de que esa orgía de comida, bebida, pescado y carne de todo tipo se enseñoreasen de la playa en una fiesta que es de ayer de mañana, pero a la que Cádiz se ha asido de forma tal que ni la Ley de Costas ni gaitas, que a ver quién osa decirle al gaditano que el que quiera barbacoa que se la monte en su casita.

Complicada cuestión sería la de quitarle al verano de Cádiz esta modernidad de las barbacoas que no son más que *botellonas* desmesuradas, sin nada que ver, por cierto, con el sentido de la medida que Cádiz tuvo y tiene para sus cosas. No sé si en Nueva York o en ciudades tan pobladas como México D.F., Buenos Aires o Río se reúne el personal, joven y menos joven, en *botellonas* como las de por aquí, pero seguro estoy que en ninguna habrá la cantidad de gente que se agolpa en ésa a la que Cádiz le cambia el nombre para que no sea *botellona* sino barbacoa, tanto para el pescado como para cualquier clase de carne, que la carne es débil y abunda en esa explosión de vida que en Cádiz llaman de esa guisa.

Y como todo tiene su día después, al espectáculo de la playa iluminada con una multitud sacándole todo el jugo posible a los sentidos le sucede una visión de camiones entre borrachos durmientes al sol y una legión de operarios intentando poner en servicio la playa. Y por la ciudad, por la Cuesta de las Calesas, en cualquier rincón de La Viña o de Santa María, los restos del naufragio en el espectáculo de jóvenes que no se resignan a que la cosa termine para un espectáculo que ya no es tan agradable. Consta que las instituciones pretenden erradicar las barbacoas, pero a ver quién le pone el cascabel al *gadita*.

→lcperis@diariodesevilla.es

LA CIUDAD Y LOS DÍAS
Carlos Colón

Nostalgia de lo cutre

TENGO nostalgia de lo cutre, querido delegado de Cultura: por fin alguien me comprende. Tuve nostalgia, en su día, del cutre teatro San Fernando; de los cutres palacios de la plaza del Duque; del cutre mercado de la Encarnación; de los cutres Coliseo España, Lloréns, Palacio Central, Bécquer, Pathé, Álvarez Quintero o Imperial; de la cutre plaza de la Magdalena con su cutre Hotel Madrid; de los cutres edificios decimonónicos de la Sevilla de Balbino Marrón de esa Plaza Nueva aún no plantada de bloques; de los cutres adoquines tapados por el asfalto; de los cutres bares, cafés y salones de té que se llamaban El Gran Britz, Calvillo, La Perla, Los Corales, El Sport, La Flor, La Española; de los cutres escaparates de Pascual Lázaro o Garach; de la cutre Campana en la que se alzaban los cutreríos del edificio de Aníbal González que albergó el Café de París o la Farmacia Central.

Cosas cutres, sí, como bien ha denunciado el delegado de Cultura, que fueron gloriosamente derribadas y sustituidas por emblemas tan poderosos de la modernidad y la vanguardia como las actuales tiendas de franquicias sin rostro de escaparate reconocible; los bancos, bingos y supermercados en que se han convertido tantos cines; los edificios de Zara y Burger King en la Campana; los grandes almacenes de la Magdalena y el Duque; el asfalto que se extendió por todas las calles de la ciudad: cosas todas modernas, limpias, funcionales, racionales, vanguardistas y cosmopolitas que nos salvaron, por mano de los munícipes de la dictadura, de lo cutre por lo que tanta nostalgia sentíamos.

Franquistas o demócratas, tan parecidos en lo de destrozar Sevilla, han de soportar las críticas de los nostálgicos de lo cutre

Y tengo nostalgia hoy de la cutre disposición de plaza salón de la de San Lorenzo; del cutre círculo de chinos lavados diseñado por Lafita para su fuente de la plaza de la Virgen de los Reyes, los cutres adoquines que la cubrían y los cutres naranjos que le daban gracia y sombra; de los cutres adoquines rosa de la plaza del Pan; de los cutres árboles de la Avenida, la Plaza Nueva y tantas o otras calles y plazas de Sevilla; de la cutre casa del siglo XVIII que se ha derribado en O´Donnell; de las cutres perspectivas de la torre de San Pedro y la cúpula de la Anunciación que, tras sobrevivir a los pisos de Imagen y al derribo de la Encarnación, sucumbirán ahora a las setas del Metropol Parasol. Esta nostalgia de lo cutre me impide apreciar cuánto mejorarán la Encarnación con estas setas, la Alfalfa o el Salvador con las losetas de "La piel sensible" (tanto como ya lo ha hecho la plaza del Pan) y la Avenida alisada, enlosetada, pelada y cubierta por toldos de diseño; y cuánto han mejorado la Plaza de San Lorenzo convertida en un liso churrete gris, la del Pan transformada en un paseo marítimo de urbanización cateta o la calle Feria clavada de *piercings*. Y todo –franquistas o demócratas, tan parecidos en lo de destrozar Sevilla– aguantando las críticas de los nostálgicos de lo cutre. ¡Qué mérito!

→ ccolon@diariodesevilla.es